

Desde el 3 de mayo y hasta el 6 de julio de 1986, se desarrollaron durante las mañanas de domingo en el antiguo Museo Español de Arte Contemporáneo, organizados por Adriana Bisquet bajo el lema "Conoce el Museo y Participa", una serie de Talleres Creativos para niños en base al conocimiento del Museo. El último día le correspondió a Francisco Javier Sáenz de Oiza impartir el suyo.

Imaginarias máquinas voladoras



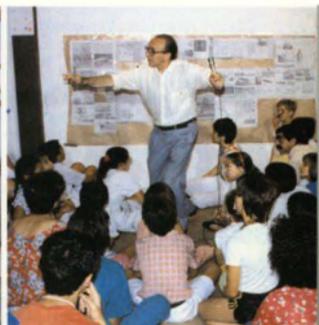
El objetivo de esta experiencia plástica no era otra que avivar en los pequeños la capacidad creativa a través de la imaginación. Partiendo de mi práctica docente en la Escuela de Arquitectura, desplegué ante los atónitos escolares reproducciones de máquinas de vuelo de todo tiempo. Allí estaban el primer vuelo libre de globo en las Tullerías en diciembre de 1783, la máquina de Besnier, los estudios de vuelos de pájaros de Leonardo, los lanzamientos a tumba abierta de Otto Lilienthal en ornitóptero, las máquinas volantes de Tatline (Léltlatine), la famosa Demoiselle de Santos-Dumont en bambú y textiles, los primeros cicloplanos de Schmutz, y tantas otras "zarandajas" de viejo profesor, que lo soy, y que los escolares, ávidos de verdad, por supuesto ni miraron. Las sabían todas. Más interés despertó en ellos la visita al Museo, con Alcorlo a la cabeza, donde pudieron palpar "el espíritu de los pájaros" de Chillida y, de Chillida también, "el peine del viento".

El comentario escolar... emocionante.

"Pues a mí me parece más un castillo que un peine" (escolar de unos ocho años)... "Bueno -trataba de defenderme yo- ¿qué es un castillo, en lo alto de una colina, sino un peine del viento que le pasa?" "Pero un castillo -replicaba el otro- lo que tiene que tener son sótanos para refugio." "Eso, -eso aclaraba yo-, sótanos, lugares recogidos para defendernos en los momentos adversos. Como busca el toro -les decía- las tablas, cuando en el último trance busca la seguridad de la vida que se le escapa." Hubo aplausos. Creí que lo hice bien. Pero, naturalmente, los aplausos, luego lo comprendí, eran para el toro. El protagonista.

Todo, un fracaso. Los chavales venían armados de imaginación. Dispuestos a todo. A ver todo, es decir, a tastocar todo, a imaginarlo todo.





Yo, ya viejo profesor, con segueta y cartulina quería ganármelos. Ellos, ya habían ganado.

Se soltaron el pelo, como quien dice, y construyeron voladores sueños maravillosos. Sabían quebrar las imágenes de lo real. Sabían, como explicó Bachelard, que la acción imaginante es el cambio de imágenes:

"Queremos siempre que la imaginación sea siempre la facultad de formar imágenes. Y es más bien la facultad de deformar las imágenes suministradas por la percepción, y sobre todo, la facultad de librarnos de las imágenes primeras, de cambiar las imágenes. Si no hay cambio de imágenes, no hay imaginación, no hay acción imaginante. Si una imagen presente no hace pensar en una imagen ausente, si una imagen ocasional no determina una provisión de imágenes aberrante, una explosión de imágenes, no hay imaginación... El valor de una imagen se mide por la extensión de su aureola imaginaria... La imaginación no es un estado, es la propia existencia humana."¹

Yo quería soltarles una lección de mi programa. Ellos, digo, se soltaron el pelo, construyendo, imaginando, maravillas. Sabían que imaginar lo es todo. Conocían todo, sin necesidad de leerlo, como yo, en Bachelard.

Total, que aprendí una barbaridad. Y comprendí, esto es más triste, que una actual y degradada forma de racismo es la segregación generacional: los de la misma edad juntitos. Vine a darles una clase y me dieron una lección. Todo extraordinario. Me enseñaron que un Museo no es un almacén para ver sino una "máquina para imaginar".

Gracias al Museo y sus colaboradores por tan divertida y gratificante experiencia.

¹ Bachelard, Gaston. *El aire y los sueños*, Introducción (cita que Bachelard toma de Blake).

